

*

Ando, avanzo, retrocedo, camino por donde más de uno se perdió; á cada momento, en el crepúsculo, una voz lúgubre me dice:—¿Qué buscas? Todo huye, todo pasa. La tierra no es nada. ¿Y qué contiene el espacio? ¿Es real? No puedes pasar de entrever la creación, ese fantasma, tras de aquel velo: el firmamento.

¿A dónde vas, pobre alma admirada? Mónada, ¿sabes lo que es el imán? ¿Qué sabes del destino y qué del firmamento? ¿Conoces lo verdadero, lo posible, todas las urdimbres de lo invisible, lo que te espera, lo que te sigue? ¿Conoces las leyes eternas? ¿Oyes los temblores de alas en las grandes redes de la noche?

¿Sientes á veces, en la infame obscuridad que agita un viento fresco y pesado, una telaraña en la que tu alma va á caer y sobre la cual se pasea un monstruo? ¿Sientes á veces, hijo de la tierra, que bajo tus piés se abre el misterio, y mezclarse, ¡oh pasajero desnudo!, á tus cabellos que el invierno humedece, los hilos de la sombría rueca, los cabellos de la frente desconocida?

Las trágicas constelaciones, abriendo para mirarlos sus fieros ojos, pasan, semejantes á grandes larvas mágicas, sobre vuestros destinos misteriosos. ¡Ciego es el que cree los vacíos cielos! Algunas, las más lívidas, aparecieron, ¡oh espíritu sombrío!, en forma de cifras negras en las tintebblas, sobre los dados de los fúnebres jugadores que se disputaban la túnica de Cristo.

Pero ¡insensato el que se imagina conocer todos los horizontes! La tumba, el fin y el origen, se revelan y gritan: ¡adelante! ¡Insensato el mismo Jesús, que se inmola porque ama! ¡Insensatos los audaces, que se arrojan al cráter soñando el progreso en la tierra ó el paraíso en los cielos!

¿Estás cierto, al ver reirse al esqueleto, de que aquel negro rictus donde se refleja la claridad de abajo, no es para los buenos abatidos, para los justos, sobre quienes pesa todo, para los mártires en la hornaza, para el espíritu creyente y creador, para el alma que espera su patria, la espantosa burla de la tumba, que conoce el vacío?

XXXIV

LUZ

¡No, no es posible, ¡oh naturaleza!, que sobre el hombre que está en el calabozo, sobre el espíritu, sobre la criatura, seas el odio de arriba! ¡No es posible que aquellas fuerzas mezclen en todos sus negros divorcios al ser humano, átomo retorcido entre sus puños, que le muestren el horror soberano y hagan amenazas al asustado sin que éste las comprenda!

¡No es posible que el edificio se haga de sombra y de sordidez; no es posible que sacrificio, heroísmo, esfuerzo, voluntad; no es posible que sabiduría, albor, largueza eterna, la rosa que se abre, el

rocío, el derecho, la razón, la justicia, que todo, la fe, el amor, fuera sólo creado para diversión de la noche!

¡No es posible que yo invente lo que Dios no hubiera creado! ¡Cómo! ¿Ningún fin? ¡Cómo! ¿El espanto? ¿El vacío? ¿La tumba cavada? No; el ser, esbozo, en Dios concluye. ¡No es posible que mi sueño tenga más azul que el cielo azul, que el infinito sea una madriguera, que yo sea mejor que el padre, que el hombre supere á Dios en grandeza!

¡Cómo! ¡Yo suponer justo á un Dios que fuera malhechor! ¡Yo sería entonces el ser augusto, él sería el impotente! ¡El hombre habría hallado en su alma el amor, el paraíso, la llama, la luz sobre la altura, la dicha inconmensurable!... ¡Dios no sería más que miserable; el hombre sería el creador!

Si, como después de todo, es un sueño lo de un mundo formado de la nada, el que hizo el mal hizo la mentira. ¡Yo soy aquí el gigante! ¡Que venga ese Dios á medirse! ¡Que salga de su choza! ¡El hizo el mal, yo creí en el bien! ¡Yo tengo contra él si me yergo toda la gloria de mi sueño, toda la abyección del suyo!

¡No, no! La flor que acaba de abrirse me demuestra el firmamento. No es posible que la aurora sonría al hombre falsamente, y que, en la profunda fosa, el alma tenga derecho á decir á este mundo del que siempre salió la esperanza, á esas esferas, vasallas del Señor, afirmaciones colosales: — ¡Estrellas, habéis mentido!

¡Tú eres quien miente, duda, envidia! ¡No es

posible que el rayo, que la esperanza, que la vida, sean una infame ilusión! ¡que todo sea falso excepto la blasfemia! ¡y que ese Dios mismo no sea dentro de su vano templo aéreo, sino la ironía, inmenso espectro, contemplando en la penumbra infinita al universo recostado sobre la Nada!

¡Un Dios riéndose de su obra, riéndose de los justos burlados, y del cisne y de la culebra, y de Satán y de Jesús; semejante Dios sería tan terrible que, ante su espantosa faz, el alma humana forcejearía como si quedara presa por sus blancas alas bajo las ramas de alguna selva siniestra.

Que Rabelais, reidor enorme, burlador del horizonte humano, limitado por el número y la forma, grite al hoy sin el mañana; que juegue, siendo él juguete, con la existencia y con el problema, ¡qué importa! Ese hombre pasa, muere, huye; no es el fondo ni la cumbre; ¡pero un Rabelais del abismo causaría horror, aun de noche!

¡No creo que los relámpagos sean los presagios, que la verdad salga de la queja, que las calamidades, sombrías figuras, digan la última palabra! Vientos feroces, noches, olas, inviernos, hinchad vuestras bocas, retorced mis vestiduras mientras yo ando, tended hacia mí vuestras manos, haced todos vuestros juramentos, en las tempestades, tinieblas: yo no os creo.

¡Yo creo en tí, luz, claridad, alegría! ¡tú que serás no obstante haber sido; á tí, águila mía, á tí mi presa! ¡fuerza, razón, esplendor, bondad! ¡Yo creo en tí, omnipotencia! ¡Yo creo en tí, omniinocencia! ¡en tí, siempre en tí! ¡Tomo mi ser piedra por piedra; la primera es luz, la última es fe!

¡Dios, cumbre, alba fulminante, precipicio sereno, fulgor, fascinación horrible que se apodera del hombre y lo torna mejor! ¡Abismo que por todas partes se abre! Cuando se está sobre aquel monte sublime, pico en el que el orgullo guarda silencio, cima á la que vuestros instintos os arrastran, todos los vértigos que de vosotros se apoderan os conducen á la virtud.

Dejaos, pues, tragar por aquel abismo, vivientes grandes, pequeños, sabios y locos, los que ríen como los que sufren, ¡todos, todos, todos, todos vosotros! ¡Caed en Dios, multitud asustada! ¡Caed, caed, rodad, marea! ¡Y queda estupefacto, pueblo obscuro, ante el vacío de los sueños innumerables, y por haber atravesado tantas tinieblas para llegarte á tanto azul!

¡Oh! Crear es la recompensa del pensador amante, sea el que fuere: porque confiamos, pensamos, y porque esperamos, vemos. ¡Canta, corazón mío, el salmo eterno! ¡Dios vivo! ¡si en alguna ocasión, en mi noche de átomo, llego, aunque á mucha distancia de la luz, á comprender, yo, grano de arena, tu inmensidad tan formidable, es creyendo en tu amor!

XXXV

DIOS SIGUE SU CAMINO

Cuando en el corazón de un pueblo lo ha dispuesto ya todo, un nada basta para hacer estallar de repente las revoluciones divinas y fatales que producen

claridades y hacen ruinas. En días cual los que el hado nos creara, la más ínfima causa tiene los peores efectos. En este siglo en que el mal, como el bien, es libre, en el que la igualdad mina y zapa el equilibrio, todo está en discusión. ¿Qué vemos á menudo? Grandes casualidades y grandes vendavales. Vigilemos, pues. Vivimos en un tiempo en que ningún hombre es pequeño, en que cada cual, en fin, es temible. El bosque nutre á la llama, y el odio alimenta los malos instintos del hombre. Teme al espíritu, teme al corazón, en el cual, en la sombra, abunda y se amontona el aborrecimiento, que se inflama con la más pequeña chispa.

¡A veces, un mendigo que os sigue paso á paso, un soñador andrajoso á quien no se ve, en el fondo de su alma desconocida y altanera, tiene una selva de cólera y de odio que no espera, sino el choque de un guijarro, un momento, para llenar el horizonte de vasto incendio!

XXXVI

LA MISERIA HUMANA

Tratas de comprender á Dios; primero comprende al hombre. Pero te desafío á que consigas esto.

¡Ea! Define, clasifica, nombra, sondea, explica, con arreglo á cualquier ley, el ser misterioso que llevas dentro de tí. Escruta con tu mirada, olfatea

con tu nariz; regístrate; arráncate el hombre del pecho, y ponle sobre la masa, é inclínate para ver qué es ese monstruo deslumbrador y negro. ¿Qué dices? ¿Te gusta que hablemos del hombre? ¿Eres llama y genio? ¿Eres bestia de carga? Expílicate. ¡Oh, qué extraño espectáculo es éste! ¡Un Dios monstruo, un espíritu por la carne obscurecido, viviendo, como en pie sobre el filo de una espada, entre la sombra que sube y el alba que nace, precipitado constantemente en el estercolero desde el cielo, y arrastrado del uno al otro lado, y siempre vuelto al sitio de que le desvía la lúgubre oscilación de la existencia!

★

¿Piensas alguna vez en ese misterio horrible que se llama la carne? Ese cuerpo abyecto, dolorido, tenebroso, esa vida en la que el infierno se refleja en el azul, espeluznante matrimonio de un alma y un esqueleto, esa ala interior que un calabozo mata, esa jaula de huesos que encierra un espíritu... ¿Profundizas el prodigio y la obscuridad de esto, sabio? ¿Te explicas su horror? ¿Sientes, bajo tu rostro, esa calavera sobre la cual ríes? ¿Oyes de tu alma en tí los gritos sombríos? Habla. ¿Te infunde miedo el hombre? ¿Te asusta ese ángel que vagamente sientes removerse en tu fango? Dí, ¿comprendiste qué encierra el día en que viniste al mundo? ¡Oh gusano de tierra ciega, sombra entre los espíritus, especie de fantasma pendiente entre dos mundos, que sale de los luminosos para entrar en los sombríos, tan pronto Trimalción como Ituriel! ¡Oh cenit, oh nadir! Soplo inmaterial, que por la carne te haces prestar impuros servicios y en el saco del cuerpo todos los vicios vas albergando, por tí mismo deslumbrado, por tí mismo horrorizado, más sucio que la albarda de un onagro

listado, lo que no impide que en tus momentos de orgullo y de rebelión tengas puestas de sol, despertares de león, vagabundo que tratas de abandonar tu esfera por las nuestras, trata de hallar tu enigma antes de ponerte á buscar otros. ¿No te basta tu abismo? ¿Contesta! ¿De qué modo unirás el hombre al hombre? ¿Cómo podrás juntar jamás, á través de la obscura noche, una orilla á otra orilla, su gloria á su vergüenza?

Sé un pastor de espíritus, un guía de vivos, un fiero tribuno capaz de hechizar al pueblo con discursos conmovedores, cuya muerte sea más tarde una desgracia para la tierra; sé grande y fuerte y ten la luz del astro; sé Colón, y descubre un mundo; sé Schiller, el águila del corazón, más grande que las águilas del aire; sé Mirabeau, Shakespeare y Platón en una persona; tan profundo, tan poderoso, tan sublime, que parezca que no se te volverá á ver sino tras el cielo con una figura por encima de lo real; sé Cristo, el hijo mayor de la divina claridad, en quien el hombre desaparece, en quien se adivina á Dios; el gran Cristo arrancaba, tranquilo, con el brazo desnudo, á los horrorizados acontecimientos, el milagro aturdido; pásate todo el día, ser de elevada estatura, modelando en tí la futura humanidad; desde por la mañana hasta la noche, agita en tu cerebro el sistema insondable y el nuevo universo, en el que todo tendrá tu forma; artes, leyes, dogmas, doctrinas. Y entretanto, cautivo, dió la hora; ¡á las letrinas!

¡Oh genio martirizado por una víscera! ¡Destino atravesado por el abyecto y lúgubre intestino! ¡Qué obscuridad sucede en seguida á tanta claridad! Parecías el ángel, rey del éter, que apenas roza; Sócrates

sobre el Pnyx, Moisés en el Galgal; te cernías en el espacio; hablabas á Dios como á un semejante; parecías ser el gran ministro del enigma, y ahora estás desnudo, tembloroso, siniestro, al nivel del lodazal y reducido á estar en cuclillas como las bestias por la noche. ¡Y todos los días sufres la misma caída de tan alto, profeta, rey y mago, y siempre te levantas para atreverte á fijar tus miradas en el azul cuando ya te has caído! Todos los días, el hombre, yendo al encuentro de los astros, sus semejantes, vuela con los espíritus por encima de los soles, brilla, resplandece, flamea, y cada día cae de nuevo, desde más arriba de los cielos, á más abajo de la tumba. Puede el hombre sentir en su cerebro como se estremecen los cielos, ser un genio; ¡es necesario comer, es necesario dormir! Tropieza con las necesidades, que son los límites; es la llamada brutal á las lúgubres realidades, que avivan el escozor del estigma de fuego, que le recuerdan el bastonazo de la materia al Dios.

*

Medita, sí. En la meditación está tu suerte, noche, crepúsculo, enfermedad y hambre, invierno y canícula; todo lo espanta tu alma, que es esclava al fin.

A través de tu carne, tu espíritu tiene sed, hambre, fiebre, enflaquece, engorda, arde, se hiela. Cada una de tus necesidades te flagela al pasar, y esas necesidades son viles. Tan repugnantes, tan vergonzosas, que te sientes culpable y castigado ante ellas y que, sintiendo sobre tu infecunda cabeza el peso anterior de un misterioso mundo, dices:—¿Qué pude hacer en otra parte para encontrarme aquí? Pero recobra el vuelo, el día ha clareado, la ciencia te llama,

hombre, el arte te releva, huyes ante la claridad azul y vaga del sueño, te evades hacia el cielo; ¡eres libre!... No, vuelve á tu cuerpo, torna á tu cabaña; en tu sombrío espíritu es familiar el fango; tu sangre es tu verdugo, tu carne es tu carcelera; tus sentidos son los hábitos de la prisión infame; no puedes abandonarlos, y, encorvado, soportas siempre, siempre, de día como de noche y sin cesar, la fustigación inexplicable y vil, en el momento en que el azul te abre su puro camino, en que te ves augusto y espléndido, una mano, seas como quieras, hermoso, justo, ilustre, inocente, virgen, te coge, y estremeciéndote, sientes el vergajazo.—¿Estás ahí?—grita entonces el horror.—Sí,—contesta el fango. Y nada te sustrae al inaudito yugo.

Es una hora santa, inexplicable, altanera, en la que cuanto que no es alegría, orgullo ó luz, parece desvanecerse en tu regocijado corazón; es cuando ves á la mujer, alba, blancura, belleza, que bajo su desnudo pie coloca tus vanas resistencias, y hace chorrear sol por tus venas. Tal como en el edén brillara en otro tiempo, preséntase encantadora. Hombre en aquel momento, desprecias á la bestia, infecta criatura, orgulloso, soberbio, olvidando tu propia podredumbre. ¡Bien está! ¡Coge á tu rubia Eva! ¡Llévatela! El día la da á tu noche. ¡Ah, te estremeces de amor; la voluptuosidad te embriaga! ¡El éxtasis se apodera de tí! ¡No te acuerdas ya de la cadena del presidio, te crees ángel!... ¡Ea, despierta, fustigado hasta en tu placer, por tu fetidez!

XXXVII

Á LOS QUE SON PEQUEÑOS

¿Tengo yo la culpa de que no seáis grandes? Os gustan las lechuzas, las garduñas, los tiranos, el mistral, el simoun, el escollo, la luna roja, sois el Myrmidón á quien su vacío irrita; la envidia cava en vosotros su pozo sin fondo. Os compadezco. El plomo de vuestro estilo se derrite y corre sobre los nombres á los que dará alguna gloria, y, al distribuir su triste lava negra, trata de ser punzante y no es sino pesado. Tortuosos, os arrastráis hacia cuanto corre; vuestra furiosa mirada sigue á las águilas veloces; reprocháis su estatura y su sombra á los colosos; dícese de vosotros:—Pigmeo intentó, pero no pudo. ¿Quién odiará á Cheop sino Liliput? El Partenón os hiere con sus altivas columnas; os hace desgraciados la belleza de los astros; encontráis el Océano demasiado claro, demasiado negro, demasiado azul; detestáis al cielo porque muestra á Dios; estáis descontentos de que todo sea algo; ¡ay! vosotros no sois nada. Sufrís al ver la cosa, el cisne, cuando transcurre una primavera poco lluviosa; os muerde lo que ríe. Tenéis envidia porque la mosca vuela, porque el gusano brilla. En vuestros celos que encarnizan destruyendo, incluí á todo el que ama, á todo el que tiene fe, ¡y hasta tenéis sitio para mí! Una hierba os hace rechinar los dientes si á vosotros se adelanta; para el augusto mundo, para el espacio, para todo lo que crece, alum-

bra ó caliente, tenéis el infame abrazo que quisiera ahogar. Tenéis justamente la misma compasión que la espada. Mirando un campo, maldecís á la savia; el árbol os agrada cuando el hacha lo hiende; tenéis algo en vosotros que no os permite ser buenos, y la rabia es vuestra meditación. Vuestra alma tiene frío por donde la nuestra se enternece; sentís la náusea donde nosotros sentimos el imán; sois naturalmente monstruosos. Rugís cuando el pájaro canta bajo los grandes olmos; cuando la flor, junto á vosotros, que os sentís deformes, es bella, os figuráis que lo hace adrede. ¡Qué soplado daríais si la estrella estuviera cerca! Creéis que la luz os hace ser pálidos con su brillo; os imagináis, viendo á una mujer, que por molestaros únicamente tomó un amante; y que el mes de Mayo os derrama malignamente sobre la cabeza su brillante urna de luz y de incienso; cuando los bosques se engalanan, cuando la hierba se llena de aroma y los prados son dulces, alegres, frescos, perfumados, encantadores, os parece que es contra vosotros; pedís á gritos auxilio cuando el sol se levanta.

Execráis sin objeto, sin distinción y constantemente sin esfuerzo, por instinto, por mentir, por hacer traición. No es para vosotros un trabajo odiarlo todo; hormigas, aborrecéis á la inmensidad sin esforzaros; vuestra alegría es impía, acre, cínica, obscena: y sufrís. ¡Porque nada ¡ay! es tan castigado como el aborto, gigante de enemistad!

Si la mirada pudiera penetrar bajo la bóveda ruin de vuestro cráneo estrecho al que cautiva instinto vil, dentro de él se vería el enorme horizonte de la noche; sois lo que babosea, ignora, insulta y daña; la montaña del mal se alberga en vuestra alma enana.

Cuanto más pequeño es el corazón, más odio encierra.

9 Diciembre.

XXXVIII

¡Oh gloria! Los héroes, los espíritus soberanos, los poetas profundos, serenos y luminosos, los grandes legisladores y los grandes capitanes, en tus despejadas cimas hacen sus altivas moradas. Huéspedes del palacio azul sin puerta y sin camino, por encima del tumulto y del humano caos, resplandecen como el astro ó se ciernen como el águila, porque toda alma tiene su objeto, su campo, su ley, su regla, y, según que un instinto bueno ó malo luzca en nosotros, cuando el uno corre al azul, el otro corre á la noche. ¡Oh sombría ignominia de la frente baja, de los lúgubres ojos! Los miserables monstruos alérganse en tus cavernas. En ellas están ocultos todos esos eternos rateros, lobos de rostro humano, pillos de perfil de lobo; estos son los viles holgazanes que vagan llenos de odio, arrastrando su infame corazón como se arrastra una cadena, sin casa, sin pan, sin Dios; son aquellos los ricos ociosos, los escépticos por fatiga y cansancio lascivos; todos carecen de fe, de ánimos, de valor, de fuego, y envidian la moneda de diez céntimos como pudieran envidiar una grande alma; arrastrándose, repugnantes, horribles, excluidos, condenados, rechinando los dientes, miran la vida con ojos ardientes.

XXXIX

El gran Uno, el gran Todo, el ser en quien se sumergía Tales, entrelaza el mundo espíritu con el mundo objeto, y mezcla en la unidad de sus leyes inflexibles, órbitas morales con las órbitas visibles. En lo ideal como en lo luminoso, los fenómenos, negros ó brillantes, forman nudos; no es más que un tejedor, que no hace sino una tela; la verdad es tan astro como la estrella, un sol es tan ceniza como la virtud.

Representate, pues, pensador agotado por los vientos, conjunto de hechos morales, sombríos problemas que tengan razón de ser, y que la tengan en sí mismos, en un sistema semejante al curso de los planetas, agitándose en torno de Dios como se agitarían en torno de un sol (¡oh pensador! digo Dios, como podría decir Centro). Van, vienen; uno sale, otro acude, otro regresa, y el uno para el otro son apariciones. Tal hecho, que sirve de base á vuestras convicciones y que conmueve en vos al prudente y al sabio, no es con frecuencia sino un espectro, un fantasma, un pasaje. Mas ¿conoces, hombre, la revolución del hecho idea y del hecho pasión? ¿Conoces los reales? ¿Conoces los posibles? ¿Te son visibles todas las funciones? ¿Sabes, triste pasajero que entraste con esta sombra, todo lo que gira en torno del eje desconocido y la totalidad del orden planetario? ¿Se te ha de explicar esta coincidencia porque, desconociendo su orbe, tu misterio llega á bordear en el fatal círculo el otro obs-

curo misterio que tú llamas el mal? El vuelo más ó menos pesado en el aire es más ó menos denso; el águila es hecha para el éter, el espíritu hecho para el amor. Algún día se te aparecerán esos equilibrios.

Cómo de lo ideal es capaz lo real; cómo nos es palpable lo que os está oculto; cómo vuestro visible es nuestro invisible; cómo hay un mundo abstracto, terrible y dulce que no veis y que se mezcla con el vuestro, de igual modo que, rama con rama, un árbol se introduce en otro; cómo el universo une, en un orden eterno, el engranaje moral y el carnal rodaje; cómo á los hechos vivos que lloran, cantan y rugen, corresponden, en la idea y el espíritu, otros hechos; cómo en el centro único en que está todo el ser construído, con el zodiaco resplandeciente de la noche, gira el espantoso zodiaco del misterio; cómo, hablando, la sombra parece callarse. Podrás concebir tal vez estos hechos cuando tus ojos, engrandecidos por la muerte, puedan ver, como ves el azul con millones de hogueras, la formidable constelación de las almas.

XL

LA CIENCIA Y LO ABSOLUTO

—Síntesis,—dice el cielo.—El hombre dice:—Análisis.

Decís vosotros:—«Todo vegeta ó se mineraliza.

Nuestros padres se aturdían á fuerza de pensar.»— Tijereteando es como creéis hallar algo. El rayo, que hiciera temblar al mago y al druida, en estos momentos ¡oh sabios! es para vosotros un flúido que ha de ser vidrioso, si no es resinoso; el alma es un gas; ciertos animales lo poseen. Disecáis el milagro, hombres; hacéis química con el sueño de los profetas; declaráis sagrado el crisol *principium et fons*; encarnizados, cortáis los prodigios profundos, impalpables, sordos, enteros, incorruptibles, en menudísimos pedazos; para vosotros, lo único real es el momento presente. ¡Ciencia, tu escalpelo no enseña sino destruyendo! Si no fueras ciencia, se te tomaría por envidia. De la naturaleza, augusta púrpura de la vida, hacéis un harapo, ¡oh vivos!, un jirón, una triza, un nada. Y el gusano de la tumba llama á eso, como vosotros le llamáis, aprender. ¡Tú sabes! ¡Tú no haces otra cosa que descomponer el ser!

★

Sabed, pues, que sigue, puesto que aprendéis.

Los flúidos, arrastrados por un soplo invisible, no saben donde están los polos de la pila. ¿Quién no sabe algo de óptica? La pupila. La cifra no sabe álgebra; el elemento no sabe ciencia; el ser es imán que todo lo atrae hacia sí sin conocer las formas; todas las fuerzas son ciegas, enormes.

Lo absoluto; he ahí el hecho inmóvil y total. Lo absoluto no conoce, enanos, vuestros pedestales, ni vuestras visiones, larvas, vuestros ruidos, títeres, ni vuestro hormigueo de ojos, de espíritus, de lentes, vuestra oscilación, vuestra onda, vuestra ola; no sabe si son cinco los minutos que la luz necesita, en el